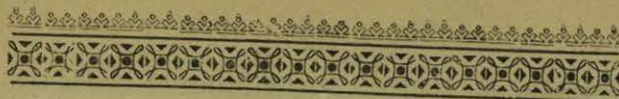


adquirir desarrollo. Aparte pequeños ensayos como la «Ruunulinna» de Logervall (arreglo de «Macbeth») o la comedia de Hannikainen «Silmaenkäentäjä» (puesta aquí sólo como trabalenguas), el primer autor dramático en lengua finlandesa es Alexis Kivi, que murió loco en 1872 y que entre varias producciones, alguna tan notable como «Nummissuntarit», dejó una tragedia un tanto melodramática pero de grandiosa concepción, «Kullervo», con la cual el teatro finlandés buscó su natural asunto, el de la poesía épica popular de la que está sacado el asunto de «Kullervo», protagonista de un trágico episodio del «Kalevala». Los que sucedieron a Kivi, entre los que figuran Erkkö, Minna Canth, Numers, se inspiraron ya en la tradición épica, ya en la vida popular, sin haber dado aún obras magistrales que coloquen el teatro finlandés a la altura de un teatro nuevo, original, en Europa.

El teatro finlandés tiene mala estrella: sus dos autores más grandes, Kivi entre los finlandeses, y Wecksell entre los suecos, han concluido por volverse locos; así es que los que han venido detrás han entrado en tierra de miedo y no quieren pasar de medianos.



XX.

La poesía épica popular finlandesa: el «Kalevala»

Lo más bello y característico de la literatura finlandesa aparece en los tiempos heroicos, anteriores a la Era cristiana. El pueblo finlandés muestra su genio poético en creaciones admirables; luego, como quien ha dicho de una vez cuanto tenía que decir, enmudece y se esfuerza sólo para conservar por tradición estas creaciones primitivas. Un espíritu excéptico creería acaso que la poesía popular finlandesa no ha sido una creación original, sino una adaptación; que un pueblo capaz de vivir siglos y siglos en silencio no ha podido tener un arranque de locuacidad tan fecunda, como la revelada en el comienzo de su historia. Esta historia, sin embargo, explica en parte la anomalía. Un pueblo sometido a dominaciones extrañas no puede desenvolverse con libertad. La cultura sueca transplantada a Finlandia ahogó en flor la cultura indígena, y el partido más prudente que pudo tomarse fué quizás el que los finlandeses tomaron, el de conservar intacta y escondida su tradición poética, para que no se mezclara y se

corrompiera. Un hecho significativo es que la reaparición de la literatura finlandesa tradicional y como consecuencia el renacimiento literario de Finlandia, sigan de cerca el término de la dominación material o política de Suecia.

La literatura primitiva de Finlandia comprende géneros muy diversos: las composiciones de carácter lírico forman una gran colección titulada «Kanteletar»; son canciones cortas, sobre toda clase de asuntos, propias para ser cantadas con acompañamiento del «Kantele», instrumento de cuerda, de forma original, inventado por el sabio héroe Waeinaemoeinen; los «Loitsurunot» son canciones relativas a la magia, que para los finlandeses primitivos era un saber muy elevado, una especie de filosofía natural, cuyo objeto era el conocimiento de las «palabras de origen» o términos mágicos, con los que se creía poder dominar las fuerzas naturales. Pero en ninguna de estas creaciones poéticas, ni en las leyendas o cuentos fantásticos, que asimismo abundan, pudo tomar gran vuelo el espíritu finlandés, rudo y enérgico, obligado a vivir en lucha constante contra un clima inhumano; su obra capital, por no decir única, fué el relato poético de estos combates: el Kalevala.

El asunto principal de estos primitivos cantos épicos era la lucha entre dos regiones del país: una, al Sur, Kalevala, era como la representación de Suomi o Finlandia; otra, al Norte, en Laponia, era el reino de las tinieblas, el territorio de Pohja o Pohjola; y todos los combates tenían un motivo céntrico, giraban al rededor del molino de Sampo,

que era un símbolo de la dicha humana, y que aun después de desvanecerse en el mar, continúa dando días de felicidad a Finlandia. Ligados a este argumento había numerosos cantos episódicos, como el de la creación del mundo, el de Joukahainen, el de Aino, el de Kullervo, etc.

Tan interesante epopeya quedó en su forma fragmentaria primitiva hasta hace cosa de medio siglo; y la gloria de haberla resucitado y dado a luz, corresponde a un modestísimo mancebo de botica, después médico de pueblo, Elías Lönnrot, quien después de varios ensayos parciales, publicó en 1835 su primera edición del «Kalevala», y en 1849 una segunda más completa, que fué traducida al sueco por Castren y después por Collan. Aunque es probable que este último texto sufra aún modificaciones y sea completado en unos puntos y purgado en otros de ciertas interpelaciones que no tienen carácter épico, tal como hoy existe, da perfecta idea del mérito de una epopeya, que sin esfuerzo puede ser colocada entre las mejores. Ya que mi falta de paciencia para los trabajos de traducción no me permita dar a conocer íntegra esta obra admirable (cuya versión exigiría un año o pos de trabajo asiduo), daré al menos un breve extracto de ella, para contribuir por mi parte a que España sea de las primeras naciones que tengan idea de tan notable monumento literario.

Comienza el «Kalevala» nada menos que por la creación del mundo, la cual es explicada mediante un esbozo o embrión de teogonía, que participa a la vez de la mitología aria y del panteísmo brah-

mánico. En un principio el Universo estaba poblado de divinidades; el más grande entre los dioses era Ukko, especie de Júpiter; y la primera de las diosas Akka, muy semejante a Cérés. No existía la tierra, pero sí el agua, el mar. Una de las diosas llamada Ilmatar, hija del Aire azul, símbolo de la pureza y de la luz, descende del cielo y se hunde en el mar, donde vive largo tiempo sola, hasta que ansiosa de volver a su antigua morada pide auxilio a Ukko, el cual le envía un pájaro que, no hallando donde posarse, hubiera volado eternamente sobre la superficie de las aguas, si la piadosa doncella Ilmatar no hubiera tenido la idea de sacar las rodillas y ofrecer en ellas un descansadero al celestial peregrino. El pájaro no fué desagradecido, pues puso en el acto siete huevos, seis de oro y uno de hierro. A los tres días sintió Ilmatar en la rodilla un calor como si se la quemaran; hizo un movimiento y dejó caer en el mar los huevos, de los que salió toda la creación.

Apenas creado el mundo, aparece en él un hijo de la misma doncella Ilmatar, llamado Waeinaemoeinen, quien notando que la creación está aún incompleta, se consagra a perfeccionarla con ayuda de Pellervoinen, que viene a ser como un símbolo del Trabajo, y bajo la protección de su madre y de los dioses Ukko y Akka; de esta suerte llega a tener la tierra cuando hace falta para la vida de la especie humana y Waeinaemoeinen puede dedicarse al canto, su afición favorita, con la que entretiene sus ocios y mata sus tristezas de viejo solteron.

Cuando comienza la acción, el héroe principal de ella, Waeinaemoeinen, es un anciano venerable de abundosa barba blanca, respetado de todo el mundo por su sabiduría y por sus talentos de cantor. Otro cantor joven llamado Joukahainen acude a Kalevala y pretende ponerle a prueba. Waeinaemoeinen le invita a que dé muestras del saber de que tanto se envanece y Joukahainen, lleno de petulancia, no se hace rogar; sus conocimientos son variadísimos: sabe que el respiradero de las casas está en el tejado y la lumbre en el hogar; que los lapones tienen renos; que Imatra es la catarata más grande del país; que la serpiente no tiene patas y otras mil cosas tan interesantes como éstas; sin embargo entre sus infantiles alardes de sabiduría hay algún concepto profundo: Joukahainen sabe que el mejor remedio contra las enfermedades es el agua y que el primero y el más grande entre todos los médicos es el Creador. El viejo y sabio Waeinaemoeinen se burla del joven cantor y éste, encendiéndosele la sangre, le desafía con palabras llenas de bravura; el viejo le contesta que no quiere combatir con un locote como él; pero obligado por los insultos del mancebo, se decide a castigarle; pronuncia la palabra mágica y el triste Joukahainen, desarmado como un muñeco, se ve bien pronto por tierra y con la vida pendiente de los labios de Waeinaemoeinen. Para aplacar al irritado viejo le ofrece cuanto posee: primero un arco famoso, luego un bote como no existe otro en el mundo, después un corcel de guerra y por último plata y oro y todos sus bienes; el viejo in-

flexible contesta a cada ofrecimiento: «nada de eso me hace falta; yo lo tengo ya mucho mejor» y cada vez oprime más contra el suelo al pobre mozo, que próximo a la agonía exclama:—«Te daré mi hermana Aino para que sea tu mujer; ella será tu compañera; te amasaré rico pan de miel, te limpiará la casa todas las mañanas y te hará la cama todas las noches». El viejo cantor se enternece ante tan bella perspectiva, acepta el ofrecimiento y perdona la ligereza de lengua del imprudente Joukahainen.

Sigue a la escena de los cantores el patético episodio de Aino. Joukahainen vuelve a su casa en la mayor aflicción, y a las preguntas inquietas de su madre contesta, llorando, que ha vendido a su hermana Aino. La madre se muestra satisfecha, pues deseaba emparentar con el famoso cantor; pero la joven Aino rompe a llorar con amargo desconsuelo. ¿Cómo va ella a resignarse a dejar su casa y a perder de vista para siempre el sol que la alumbra y el cielo azul que la cubre? Aunque la madre le dice que el sol luce en todas partes, la candorosa muchacha continúa llorando sin explicar la verdadera causa de su duelo. Después de una declaración de amor del viejo Waeinaemoeinen, a la que contesta Aino con desvío, viene una tiernísima escena. Aino llora junto a la ventana; su padre, su hermano, su hermana van pasando y uno a uno preguntándole por qué llora; Aino contesta que ha perdido en el bosque sus joyas y que no las puede encontrar; pasa por último la madre y a ésta le refiere la joven su encuentro con el cantor;

la madre intenta convencer a la hija; pero ésta, después de nuevos lloros, declara que prefiere ir a habitar en lo más profundo de los mares; a pasar su juventud al lado de un viejo, a quien no puede amar. Dominada por esta idea, se dirige a una playa cercana; allí llora toda la noche, y al amanecer, después de quitarse sus vestidos, se arroja al mar, entre cuyas ondas desaparece para siempre.—Siguen largas reflexiones sobre la desgraciada estrella de Aino y termina el episodio con una leyenda. En el sitio donde Aino desapareció nacieron tres islitas; en cada islita tres árboles, y en cada árbol cantan tres cucos. Durante los tres meses de verano un cuco canta; amor! amor! en recuerdo de la joven que duerme sola en el mar; otro cuco canta durante seis meses: dicha! dicha! para el viejo pretendiente, sumido en el más profundo dolor; el tercer cuco canta: alegría! alegría! para el pobre corazón de la madre de Aino. Y este tercer cuco canta siempre.

El viejo y sabio Waeinaemoeinen, encariñado con la idea de tener una esposa joven, que le haga más llevaderos los días de la vejez, emprende el viaje a Pohjola con el que se inicia la acción principal del Kalevala. Joukahainen intenta dar muerte al viejo; pero éste se libra milagrosamente y logra llegar a Pohjola y presentarse a Louhi, dueña y señora del país, a la que le pide la mano de su hija, mediante generosos ofrecimientos; Louhi los rechaza y exige sólo como condición para entregar a su hija, la construcción del molino de Sampo. Waeinaemoeinen declara que él es inhábil para esta

empresa, pero que tiene un hermano llamado Ilmarinen, herrero de oficio, que se encargará de llevarla a cabo. Vuelve a Kalevala y venciendo la resistencia de su hermano, hombre corto de palabras y más corto aún de ideas, le decide a marchar a Pohjola. Ilmarinen se presenta a Louhi, conoce a la doncella de Pohjola, (cuyo nombre no es pronunciado ni una vez en el curso de la obra) y mediante promesa de casamiento, construye el molino misterioso; la doncella se niega después a casarse e Ilmarinen regresa solo a su país.

La acción se interrumpe con el episodio de Lemminkaeinen, el tercero y último héroe kaleva. El primero, es el sabio; el segundo, el herrero, el trabajador; el último, el guerrero. Refiérese cómo Lemminkaeinen, se casa con Kyllikki, la hermosa doncella de Saari; ambos viven felices en Kaukouden, cumpliendo la promesa hecha al casarse; él no sale a buscar aventuras y ella no va a las reuniones a bailar. Un día Annikki, hermana del héroe, dice a éste:—«Anoche fué Kyllikki al pueblo a bailar, a jugar y a cantar con los jóvenes»;—y en el acto Lemminkaeinen pide a su madre que le lave una camisa, para marcharse a la guerra, a Pohjola. Después va pidiendo todos sus arreos y su corcel; no va sólo a la guerra, va a buscar otra mujer que no sea tan ligera como Kyllikki. Y, sin atender a las súplicas de ésta ni a los consejos maternos, marcha a la guerra encomendándose al omnipotente dios Ukko. Preséntase a Louhi, pidiéndole que le entregue la más bella de sus hijas; Louhi se niega porque Lemminkaeinen tiene ya otra esposa

legítima; pero cuando éste asegura que es libre, pues Kyllikki faltó a su promesa, le ofrece la mano de su hija, a condición de que coja el ciervo salvaje de Hüsi. El héroe se encamina al bosque, invoca a Ukko y a los genios Tapio, Nyyrikki y Mielikki y con su auxilio da cima a la difícil empresa; Louhi le exige después que coja el corcel de Hüsi; y por último, no satisfecha aún, le pide el cisne de Tuoni. En esta empresa es herido Lemminkaeinen por una serpiente; siéntese morir y llama a su madre, la cual, después de una peregrinación dolorosa llega a tiempo de salvar a su hijo. Ambos regresan a Kaukouden.

Waeinaemoeinen e Ilmarinen se dirigen por segunda vez al país tenebroso de Pohjola y se presentan a Louhi, para que ésta decida a quién pertenece la disputada doncella; la cual en presencia de los dos pretendientes declara que no quiere riquezas, sino amor, y rechaza a Waeinaemoeinen, que huye lamentándose de no haber buscado mujer en los bellos días de la juventud. Sigue una descripción suntuosa de las bodas de Ilmarinen, en la que son dignos de mención los discursos de Louhi, de la novia y de varios concurrentes. Ilmarinen regresa con su mujer a Kalevala. Celébrase una fiesta en la que Waeinaemoeinen canta un admirable epitalamio.

Lemminkaeinen no ha sido invitado a las bodas y desea tomar venganza; preséntase en Pohjola, pide hospedaje y con pretexto de que la cerveza que le ofrecen no es buena, mueve querrela al mayordomo de Pohjola y le mata en desafío. Louhi

llama a su gente para castigar al insensato que ha venido a turbar la alegría de las bodas y el vengativo héroe huye a Kaukoudden a pedir amparo a su madre, la cual le aconseja que se esconda en cierta isla donde existe una ciudad libre, contra la que nada pueden los hombres de Pohjola. Así lo hace Lemminkaeinen; llega a una isla, habitada por hermosas doncellas cantoras; pero el amor filial puede más en él que todos los encantos, y abandona la isla para buscar a su madre; al fin la encuentra sola, huyendo de los hombres de Pohjola, que le han incendiado la casa y el jardín; y madre e hijo se reúnen con transportes de júbilo.

Sigue el gran episodio del desgraciado Kullervo. Este ha sido vencido por su hermano Untamoinen y trabaja al servicio del buen herrero Ilmarinen, en Karelia. La mujer de Ilmarinen, la maligna doncella de Pohjola, mira con malos ojos a Kullervo; un día al amasar el pan esconde una piedra dentro de una hogaza, con la que obsequia al pobre mozo, cuando éste se va a apacentar el ganado. Mientras el ama invoca a los buenos genios para que protejan su rebaño y saluda con palabras de amistad al oso, «patas de miel, bello rey de las selvas», Kullervo llega al bosque y dispónese a merendar; parte la hogaza y al descubrir la piedra, prorrumpe en tristes lamentaciones. Aconsejado por un cuervo, que le escuchaba desde un árbol, junta una manada de lobos y de osos y la conduce a casa de su ama; ésta es destrozada por las feroces bestias y Kullervo huye sin saber a donde irá.

Logra hallar a su madre, sabe que durante su ausencia ha desaparecido una de sus hermanas, y abandona de nuevo la casa paterna. En su triste peregrinación va encontrando muchachas por el camino; a todas las invita a montar en su trineo y todas le contestan con las mismas palabras:— «antes querría morir que montar en tu trineo».— Halla por último a una joven muy bella; invítala y aunque recibe igual respuesta la coge y la sienta en el trineo; saca oro y telas con los que trastorna los sentidos de la muchacha y logra seducirla. Al alborear del nuevo día, la joven pregunta a su amante cómo se llama: «Soy—dice éste—Kullervo, hijo de Kalervo.—Y tú ¿quién eres?» La joven, aterrada, le dice que es también hija de Kalervo y en frases vehementes cuenta la historia de su desaparición y describe su tormento. Después salta del trineo, corre hacia una catarata y se arroja en medio del torbellino.—Vuelve Kullervo a su casa, refiere a su madre la horrible desventura y pregunta qué ha de hacer para expiar su crimen; la madre le aconseja que se retire a un bosque y se esconda allí hasta que el tiempo le haga olvidar; pero Kullervo quiere ir a la guerra y vengarse de su hermano Untamoinen. Después de esta escena trágica, y de la despedida de Kullervo de todos sus suyos, viene el lúgubre relato de un viaje. Kullervo camina; de cuando en cuando se le presenta un mensajero, diciéndole: «Ha muerto tu padre; tu hermano; tu hermana; a todos le contesta Kullervo:—«Que lleven el muerto a la sepultura»; y sigue caminando. Por último, un mensajero le

dice:—«Tu madre acaba de morir». Kullervo se echa a llorar y clama:—«¡Ay de mí, que ha muerto mi madre; lo que yo más amaba sobre la tierra! ¡Y yo no estaba allí; yo no estaba a su lado! ¡Quizás ha muerto de hambre; quizás ha enfermado de frío! Que laven a la pobre muerta, que la hagan una costosa mortaja, que dolientes plañideras canten al llevarla a enterrar. Yo no puedo ir allá; Untamoinen está aún con vida y no ha recibido el castigo que le espera!—Y tú, Ukko, el más grande entre todos los dioses, tú que eres señor de cuanto existe, haz que el cielo arroje de sí una espada para Kullervo que te implora, y que la espada sea de finísimo temple, para que toda la gente de Untamoinen perezca al filo de esta espada divina». Ukko escucha esta súplica; una magnífica espada cae del cielo; Kullervo cumple su venganza con implacable furor; después, presa de mortal abatimiento dirige una última, tierna invocación a su madre y echándose de bruces sobre la punta de su espada, se desploma en tierra atravesado de parte a parte y expira.

Se reanuda la acción, Ilmarinen llora amargamente la muerte de su mujer, y deseoso de consolarse, se encamina de nuevo a Pohjola, con idea de casarse allí por segunda vez. Louhi le despide con cajas destempladas; más el buen herrero por no volver solo roba a una muchacha de Pohjola, la cual le engaña en el camino; Ilmarinen llega a Kalevala solo y despechado y declara a Waeinaemoeinen que, según noticias recogidas en el país de Pohjola, el molino de Sampo tiene la virtud de

hacer feliz a quien lo posee. Convienen los dos hermanos en marchar al país de las tinieblas a robarle la felicidad de que disfruta, y para mayor seguridad, el viejo y sabio cantor lleva una espada, que Ilmarinen forja con extraordinario esmero. En el camino encuentran al valiente Lemminkaeinen, que al saber que se trata de combatir a los de Pohjola, se une a los hermanos; y así, los tres héroes kalevas, emprenden la conquista de Sampo. Llegados a la presencia de Louhi, solicitan de ésta con palabras de paz que les entregue la mitad del molino; Louhi se niega y llama a sus gentes a las armas. Los tres héroes se dirigen a la montaña donde está escondido Sampo y con gran esfuerzo, y gracias al poder hercúleo de Lemminkaeinen, logran arrancarlo de su sitio y ponerlo en el barco en que vinieron a Pohjola. Todo marcharía felizmente si una espesa niebla no les impidiera hacerse a la mar. Waeinaemoeinen consigue romper la niebla con su espada, pero la alegría se le enturbia muy pronto, pues se le cae en lo hondo del mar el kantele, su compañero inseparable, sin el cual no puede ni cantar ni regocijarse el venerable viejo. Entre tanto acude con sus guerreros la enfurecida Louhi, que para combatir mejor se transforma en águila. La lucha es formidable y para terminarla, el prudente Waeinaemoeinen insiste en partir el molino por la mitad; pero Louhi quiere o todo o nada, y al proseguir el combate el águila cae herida, arrastrando consigo el disputado Sampo, que se hunde en el mar. Desde entonces Pohjola o Laponia es un país inhabitable y casi desierto, y Suomi o Finlandia es próspero y feliz.

De regreso a Kalevala, Waeinaemoeinen dedica sus ocios a construir un nuevo kantele, y una vez terminado, a alegrar con sus canciones al pueblo de Kaleva. Todo parece sonreír a esta venturosa región, pero la envidiosa Louhi por arte mágico logra afligirla con enfermedades nuevas, desconocidas; el sabio cantor libra a su pueblo de ellas. Louhi entonces envía un oso para que les destruya los rebaños; el inagotable cantor le da muerte con una flecha, forjada a este efecto por Ilmarinen. Con la carne del oso celebra el pueblo un gran banquete en el que Waeinaemoeinen entona un bello cántico en honor de Suomi.

No se da por vencida Louhi y como supremo recurso acude al de esconder el sol y la luna en el monte de Pohjola. ¿Qué hará ahora Suomi, condenada a vivir en las tinieblas? El buen herrero Ilmarinen se ofrece con buena voluntad a construir un sol de oro y una luna de plata; pero llegado el día de la prueba se nota, según había predicho el sabio Waeinaemoeinen, que el sol de oro no da luz y que la luna de plata queda completamente oscura. El sabio cantor coge su espada y se encamina a Pohjola; intenta abrir las puertas de la montaña, donde Louhi ha escondido los astros; pero la espada no es bastante y vuelve a Kalevala para que Ilmarinen le forje unos hierros con los que sea posible romper aquellas cárceles tan sólidamente construidas. Preséntase Louhi disfrazada en la herrería de Ilmarinen y le pregunta qué está forjando. —«Voy a forjar—dice el buen herrero—una argolla para aprisionar a Louhi en el monte de Poh-

jola». Louhi atemorizada pone en libertad el sol y la luna, que son saludados al reaparecer con un bello himno del viejo Waeinaemoeinen.

Aquí termina en rigor la epopeya; pero en los cantos populares aparece adicionada con un epílogo, extraño por completo al argumento principal y a los episodios. Al convertirse al cristianismo, el pueblo finlandés quiso enlazar la nueva doctrina con la tradición poética popular y creó una delicada leyenda en que hizo intervenir a su héroe más querido, al cantor Waeinaemoeinen, nacido también de una virgen, según la teogonía del «Kalevala». En la leyenda figura una doncella llamada Mariatta que concibe, siendo virgen, en forma análoga a la que Ilmatar contribuyó a la creación del mundo. Los padres de Mariatta, creyéndola culpable la envían a un lugar oculto donde nace el niño misterioso, destinado a dominar en el mundo por su grandeza y poder. Waeinaemoeinen desaparece entre nubes cantando al son de su kantele una canción, en que anuncia que algún día será deseada su vuelta para que construya un nuevo Sampo, haga un nuevo kantele y dé libertad al sol y la luna; y el cantor del poema termina declarando su torpeza y falta de estudios y pidiendo a sus oyentes un juicio benévolo.



Creo que el extracto precedente, aunque compuesto a la ligera, al correr de la pluma, dará una idea aproximada de la importancia y mérito de esta gran epopeya del Norte. Un estudio cíclico no me

parece propio de este lugar; y me limitaré a completar la explicación del argumento con un brevísimo comentario.—Las conexiones entre los personajes del «Kalevala», y los mitológicos y bíblicos saltan a la vista; lo difícil no es hallar analogías, sino descubrir las varias que contienen en sí los personajes del «Kalevala», los cuales, por ser muy pocos, tienen fases múltiples, y se prestan a numerosas interpretaciones. Pero aun teniendo en cuenta estos rasgos de semejanza y suponiendo que proceden no de una comunidad de origen, sino de la imitación de otras epopeyas o de la mitología de los pueblos indoeuropeos, hay que reconocer que el pueblo finlandés o el autor desconocido del «Kalevala» no son simples rapsodas y que la epopeya finlandesa es una verdadera creación; sus personajes son eflorescencias de este territorio, tal es la naturalidad con que en él viven y se mueven; y la acción está ajustada tan admirablemente a este suelo y a este cielo, a la vida, a las costumbres, a la historia de este país, que no hay modo de imaginarlas en otros climas. Así, pues, el «Kalevala», aparte sus bellezas y sus lunares, tiene un mérito fundamental: el de ser una creación étnica y territorial, esto es, una legítima epopeya.

Supongamos por un momento, y sólo por vía de comparación, que un poeta finlandés hubiera pretendido adaptar a su país una epopeya como la «Iliada». Tropezaría con una primera dificultad: este territorio no permite que se muevan ejércitos formidables, como los descritos por Homero. Antes

de salvar la distancia que hay entre las dos regiones antagónicas del país, morirían de hambre y de frío, y en vez de epopeya tendríamos el relato de una retirada desastrosa. Hay, pues, que simplificar y quedarse sólo con los héroes; y hay que dotar a éstos de un poder sobrenatural para que acorten las distancias volando en algún esquife maravilloso. Y esta primera modificación lleva consigo otra más grave; el héroe principal no será ahora el más valiente, sino el más sabio. Aquiles queda en segundo término y pasa a ocupar el primero Calcas el adivino, o el prudente Ulises. He aquí por qué en el «Kalevala», la primera figura es la de Waeinaemoeinen, un viejo, cargado de años y de prudencia; mientras Lemminkaeinen, el guerrero, viene después detrás, no solamente de Waeinaemoeinen sino de Ilmarinen, que a falta de saber posee energía y tenacidad para el trabajo.

El asunto de la «Iliada» es la lucha contra Troya, el castigo de una afrenta recibida por los griegos en la persona de Menelao. Si se tratara de transplantar aquí la acción, se notaría que estaba en pugna con la naturaleza del país. En el Mediodía, donde la sangre es más ardiente y la vida más fácil, son posibles ciertos refinamientos pasionales; el hombre no busca sólo una mujer, busca el amor y el amor trae consigo los celos, las tradiciones, los odios, las luchas del honor exaltado; aquí se contentan con la mujer a secas. En todo el «Kalevala» no existe una escena de amor, al modo que nosotros lo concebimos; la declaración del viejo Waeinaemoeinen se reduce a cuatro palabras;

Ilmarinen es más duro que un guijarro; Lemminkäinen se separa de Kyllikki porque ésta fué a bailar; pero no porque sienta celos, sino porque su mujer ha faltado a lo convenido; Kullervo seduce a su hermana sin decirle una palabra amorosa, sólo con mostrarle oro y telas. El único amor a que estos héroes rinden culto, es el amor maternal que ponen en labios de Lemminkäinen y de Kullervo las frases más apasionadas de la epopeya. Cuando los héroes kalevas se dirigen a Pohjola no van movidos por el amor; van a buscar una mujer, como quien va a comprar un barco o un trineo; después van a buscar el bienestar robando el molino de Sampo; por último, a libertar el sol y la luna. Los móviles de la acción épica son materiales; pero si la epopeya carece de elevación ideal, tiene en cambio la grandeza de lo que es verdadera y sinceramente humano. Los héroes están pintados como son, como esta tierra los cría y los nutre; son grandes como los bosques del país y como ellos tristes, sin luz. Más bellos que estos bosques son nuestros verjeles cargados de flores y de aromas; pero todo no puede ser igual sobre la tierra.

Además de la interpretación natural del argumento de «Kalevala», hay otra interpretación simbólica, que no destruye, sino que refuerza la primera: Pohjola es el mal, y la lucha de los kalevas es el esfuerzo titánico de esta raza para vencerlo; y el mal no es un concepto abstracto, metafísico, ni una violación de las leyes morales; es algo tan materializado como el amor, según se ha visto ya; no tienen que inventarlo los hombres, porque

existe aquí de asiento: es el frío, la nieve, la miseria, la falta de sol, la fiera que devora el ganado, todo cuanto en el clima este existe, contrario a la vida del hombre. Y como estos males se agravan conforme se va ascendiendo hacia el Norte, en el Norte imaginaron los de Kaleva un pueblo, al que atribuir las causas de sus penalidades y contra ese pueblo dirigieron todas sus fuerzas. Parece un contrasentido que Suomi o Finlandia busque la felicidad en una región de donde vienen todos los males; pero la idea profunda del poema está ahí: en suponer que en Pohjola estuvo antes la felicidad simbolizada en Sampo; y que en la lucha, Pohjola fué vencida, y Kalevala, no obstante la pérdida de Sampo, ganó una parte de esa felicidad sólo por haber combatido. Lo cual, en términos claros quiere decir que la prosperidad de Finlandia está fundada en la energía con que sus habitantes han sabido y saben luchar contra una naturaleza hostil, inhospitalaria. Este simbolismo les permitía también explicar muchos fenómenos que en su ignorancia primitiva no podrían explicar lógicamente; por ejemplo, las diferencias climatológicas entre el Sur y el Norte del país o la desaparición temporal de los astros.

La acción principal del «Kalevala» se desarrolla trabajosamente, a causa de los diversos episodios que a ella están unidos y que, si bien tienen con ella escasa relación, sirven para agrandar el escenario épico, si es permitido emplear juntas estas dos palabras. El episodio de la creación es como el pedestal sobre el que se sienta la venerable figu-

ra del inventor del kantele; personalidad cíclica que desempeña por sí sola todos los papeles de una mitología, sin necesidad de casarse ni de tener descendencia. El episodio de Joukahainen pone en movimiento al héroe; y el mito de la bella Aino, la extraña Venus finlandesa, es como un prelude del tardío arranque amoroso, o mejor dicho, casamentero, que lleva al viejo cantor a Pohjola y da origen a la epopeya. Los demás episodios son más breves y menos importantes, hasta llegar al último, al de Kullervo, digno de formar un poema aparte. Aunque este episodio parece completamente desligado de la acción épica, debe notarse sin embargo, que el cordón umbilical que a ella le enlaza, es tan delicado, que si se lo cortase violentamente, quizá el episodio no podría vivir: Kullervo es una víctima del sino, del *ananke* griego; mas su primer crimen, el que le lanza a cometer los demás, es la muerte de la doncella de Pohjola; y la piedra que ésta pone en el pan de su pobre criado es la fatalidad, es el mal, que viene del Norte, de la región tenebrosa, de donde vienen todos los males.



XXXI.

Algunas noticias sobre el movimiento literario
y artístico de Finlandia.

Los habitantes de la montaña conocen por sus nombres los picos más altos y los más bajos, las lomas y los valles; los del llano o la ciudad que ven la montaña desde lejos, se contentan con saber el nombre del pico más alto y a lo sumo su altura sobre el nivel del mar. Esta misma diferencia se nota como se estudia el movimiento intelectual de un país; los naturales lo conocen en toda su integridad y el extranjero ha de concretarse a señalar los puntos más altos que descubre. Por esto he escrito con alguna extensión sobre el Kalevala, señalándolo si no como un Chimborazo de las letras, como una epopeya de mucho aliento y de originalidad y belleza innegables.

Pero sería casi ofensivo para Finlandia pasar por alto la literatura de varios siglos y hablar sólo del Kalevala, que, por su antigüedad, es un monumento aislado, sin gran conexión con la cultura moderna. Con mayor razón, si se tiene en cuenta que el Kalevala es una creación finlandesa y que